AÑO XXVII. — Nº 1309.

EL DIA

MONTEVIDEO, FEBRERO 16 DE 1958.

Suplemento Dominical fundado por Don Lorenzo Batlle Pacheco el 2 de octubre de 1932



PLAYA POCITOS.

(Fotografía de la Of. de Prensa del Concejo Departamental).

Vista tomada desde el mar, en la playa Pocitos, frente a la Avda. Brasil, perspectiva novedosa de nuestro popular balneario al que la elevada edificación ha dado caracteres de magnificencia y belleza singulares.



El palco del jurado junto al río, dominando un mar de sombrillas multicolores.

DEPORTES

HACE un tiempo, reacios como somos a los espectáculos cinematográficos por las frecuentes frustraciones que reserva al deseo de solaz o emoción este arte necesariamente sacrificado a necesidades comerciales, tuvimos la agradable sorpresa de asistir al estreno en Montevideo de una película alemana que nos dio plena satisfacción, nó sólo por sus bellos elementos formales, sino por los morales que se derivan del ambiente geográfico que recoge la acción. O por lo menos —sea por insuficiencia de sentido crítico o por obnubilada predisposición mental — nos pareció que había una incisiva influencia del medio geográfico en la mutación síquica que experimenta la protagonista en el desarrollo del film.

La parte fundamental de la acción se cumple a lo largo de un pintoresco río, mientras los personajes principales —una simpática pareja— navegan aguas abajo en una ligera canoa que participa en una competencia organizada por una asociación de campamentos.

La muchacha, fugada de su hogar, es obligada compañera del deportista que cumple sus etapas diarias entre la enseñanza de la práctica del remo y de los pormenores de la vida al aire libre: armado de la carpa, acondicionamiento y empleo correcto de los equipos y vituallas, lavado, cocina, etc.

En contacto con la naturaleza a cuyos requerimientos deben atender a veces con medios adecuados, otras con ingenio y siempre con favorable disposición de ánimo —"A mal tiempo buena cara"—; captando el íntimo conocimiento de los hechos naturales que pueden influír en el devenir inmediato: la nube cargada de agua, el viento precursor de tempestad, la resolana con ocultación de trancazos o constipados, no sólo se nutren de experiencia y de sentido de previsión, sino que van desarrollando el inapreciable sentimiento de solidaridad que sabe superar las peligrosas limitaciones del individualismo e inquistar en prudente consideración todo contratiempo. El dominio de las dificultades da la satisfacción de la suficiencia; y la superación individual, capacidad para una bondadosa filosofía vital. Por tales motivaciones, aquella chiquilla voluntariosa, egoísta, inexperiente y propensa al vicio, se transforma y encuentra su soterrada auténtica personalidad.

Y bien; mientras seguíamos el desarrollo de la película, nuestro pensamiento retornaba a la búsqueda de viejos y familiares caminos ideológicos, exteriorizados reiteradamente en conferencias y publicaciones.

Al comenzar la Semana de Turismo de 1955, expresábamos en las páginas de este Suplemento nuestra inconformidad por la falta de un turismo fluvial. Mientras todos los caminos del país se llenan anualmente de vehículos que llevan a miles de personas a todos los puntos del territorio, no se mueve una sola embarcación sobre sus ríos mostrando a los viajeros sus bellezas, dando actividad a una industria poliforme, propiciando un mejor conocimiento de nuestra geografía y realidades sociales, mostrando las posibilidades económicas que encierran los cursos de agua y estimulando la formación de esa conciencia marítima que estimamos imprescindible y previa para la iniciación de actividades que pueden influír hondamente en la economía nacional.

Nuestros ríos interiores son muy poco conocidos. Hace unos años, se planteó un serio problema a una arrocera ubicada en la margen derecha del río Tacuarembó, en las proximidades de Paso Borracho. Las lluvias habían hecho impracticable el camino natural que unía el punto con la capital de aquel departamento y la empresa tenía exigentes compromisos con la comercialización de la cosecha. Se solicitó nuestra intervención como Jefe del Servicio de Navegación del Interior. La voluntad de hacer encontró como primer escollo la falta de todo plano, aún el más sumario, referente al trecho del río comprendido entre el Paso de la Laguna y nuestro destino. Pudimos recoger muy pocas referencias de algunos vecinos y nada alentadoras: existencia de bancos de arena de ubicación imprecisa, altos fondos de piedra, correderas. Pasaban los días y la creciente estaba ya estacionada. ¿Cuánto más se mantendría en niveles



Un pueblo que vive a pleno sol, se notifica de optimismo.

Dominar una embarcación para la conquista del río.

¡Embarcaciones al agua! Primera etapa de la lucha viril sobre el río.

FLUVIALES

altos? La marca registrada en Paso de la Laguna, ¿qué profundidad aseguraba kilómetros más arriba? Corrimos la aventura. Tuvimos varias peripecias, pero llegamos al lugar. Recogimos muchas informaciones con las cuales trazamos un croquis que aún con sus muchas imperfecciones orientó un nuevo viaje meses más tarde.

Existen en el país dos institutos especializados en los estudios hidrográficos: el de la Marina y la Dirección de Hidrografía del Ministerio de Obras Públicas. El primero atiende fundamentalmente las aguas limítrofes; el segundo, las interiores. Pero ambos carecen de recursos para un estudio continuado que dé un conocimiento total de nuestra rica red fluvial. ¡Qué eficientes auxiliares serían los deportistas que tomaran a nuestros ríos como ambiente operativo! Con pocos conocimientos científicos, podrían recoger muchas informaciones útiles a la navegación, a la geografía, al turismo y a los deportes.

La navegación fluvial tomada así, con sentido deportivo, es una fuente inagotable de satisfacciones espirituales y un estímulo a conocimientos múltiples en las más diversas ramas de las ciencias: mecánica, náutica, meteorológica, hidrográfica. En la fe y moral, acercando al hombre a la naturaleza, genera aquellas virtudes de solidaridad, de tolerancia, de estoicismo y superación que apreciábamos en la evolución síquica de la protagonista del film evocado.

Porque mucho tiempo hemos bregado por la práctica de estas ideas, es que asistimos con alborozada satisfacción a una competencia de motonáutica realizada hace pocos días en un tramo del Santa Lucía. El ambiente tenía a plenitud elementos de atracción: amplitud de ambiente colorido por el verde del follaje contrastando con el amarillo de la playa a la que el sol arrancaba reflejos en las infinitas, humildes gemas micáceas; actividad nerviosa y concentrada, a la vez, en el examen y preparación de cascos y motores, estimulada por el sano afán del triunfo; expectante atención de un público entusiasta olvidado de las preocupaciones del diario vivir entre las solicitaciones de las rauda persecución de las embarcaciones, los preparativos de las pruebas anunciadas por el acelerado zumbar de los motores y la tónica general del ambiente: pleno sol, aire tibio, alegría de vida, vida en plenitud.

Bajo la máxima exigencia de las hélices, los cascos saltaban cual peces voladores de una ictiofauna monstruosa. Y sus pilotos, arrodillados en el vano de la escotilla, tocados con cascos protectores y salvavidas, semejaban devotos de un culto pagano compitiendo en la ofrenda propiciatoria al éxito. Agitábase el río; el agua desplazada en ondas presurosas sacudía los juncos salpicándoles de efímera espuma que el viento difundía en leve rocío sobre las sombrillas multicolores plantadas en la arena y arrancaba gritos de júbilo a la chiquillería.

¡Era, por fin, el río vitalizado por un viril deporte!

Nuestros ríos, caudalosos, torrenciales, algunos; navegables casi todos por cientos de kilómetros para embarcaciones de escaso calado, son adecuados a esta clase de deportes y a las navegaciones en etapas, a las que los bosques de las riberas prestan abrigo y solaz. El Cebollatí, desde la desembocadura del Olimar hasta la Laguna Merín; este vasto espejo de aguas que como el lago del embalse del Rincón del Bonete permitirían competencias internacionales; el Queguay, desde su cascada a la barra con el Uruguay; los ríos Negro y Tacuarembó en casi todo su curso, son aptos para el desarrollo de magníficas jornadas deportivas estimuladoras de virtudes físicas y síquicas, forjadoras de un pueblo de hombres nutridos en más conocimientos y más dispuestos a la iniciativa y a la lucha.

Es una hermosa tarea estimular la virilidad de un pueblo a través de viriles deportes como estos que se cumplen sobre los ríos, tan olvidados, tan desconocidos y tan plenos de posibilidades múltiples.

Homero MARTINEZ MONTERO

Fotografías del autor

(Especial para EL DIA)

importa el dominio previo de la serenidad y pericia.

Entre un público interesado y entusiasta, examina cada competidor el ajuste de su embarcación.

EL HEROISMO DE LA TERNURA

EMILIO CARLOS TACCONI



"...ES de los que redondean la punta de las espinas para que no pinchen. Es de los que liman los pedruscos del camino para que nadie se lastime los pies. Es de los que van por el mundo repartiendo estrellas a puñados como si fueran los dueños del cielo".

Con sus propias palabras, se define Emilio Carlos Tacconi, ejemplo de equilibrio perfecto entre el universo interior y la exterioridad de la conducta. Pocos seres conocemos en quienes armonice mejor la pureza del propósito con la rectitud de los actos. Y en el fondo es esto la nobleza en la vida: que el hacer y el soñar no se desmientan nunca.

Quisiéramos olvidar sus sólidas virtudes personales, para descubrirle tan sólo a través de su obra. Es difícil. Tacconi es de aquellos que no defraudan en el trato diario, y en su poesía se palpan sus calidades humanas. Forjado en disciplinas de voluntad, su poética resulta el itinerario de un espíritu puro, al que los años no han podido arrebatar sus diáfanas virtudes. Pasado ya el medio siglo, definido en sus principios, seguro de sus fervores, trabajo y ensueño le han trazado el camino, desde aquella juvenil bohemia que rememora como un bien irrecuperable. Tacconi dice su verdad, y eso lo hace profundamente convincente. Leerle, es creerle. Como en la mocedad, le emociona la naturaleza, flor, nube, río, astro u hombre. Claro está que el tiempo siempre deja un sedimento de melancolías, y si en su romanticismo juvenil le asoma en algún momento cierto amargor fugaz, lo redime en seguida con un poema de esos que no envejecen, acaso el que le asegura una indefinida vigencia, "Manos ásperas": "*Tengo las manos ásperas pero hay pan en la mesa. / Tengo las manos ásperas pero hay luz en la casa. / Tengo las manos ásperas; me honra su aspereza / porque así fueron todas las gentes de mi raza. / No me avergonzó nunca mi heredada pobreza / ni me achicó tampoco la humildad de mi traza: / tengo las manos ásperas pero hay vino en la mesa, / tengo las manos ásperas pero hay paz en la casa. / Mientras en ricos guantes tú las tuyas enfundas / yo, por llenarme todo de asperezas fecundas, / quisiera veinte manos en lugar de estas dos... / pues si pulir un rumbo me dejó tales huellas, / después de haber pulido la luz de las estrellas / ¡qué ásperas las manos le habrán quedado a Dios!*

Soneto de toda fortuna, difundido, arraigado, definidor, planteando una tónica de elevación que refleja su dignidad, documenta de manera fehaciente la estatura moral de su autor. Tacconi permanecerá en este poema de antología, a despecho del tiempo y las modas literarias, porque usa el lenguaje claro y desnudo de la sinceridad más entrañable; porque predica en él que el trabajo es necesario para ennoblecer la existencia; porque exalta la invencible categoría de lo que se consigue con el propio esfuerzo; ahí queda su mensaje, hablándonos hoy con la potencia emotiva que tuvo recién nacido, indeclinable, soneto siempre joven, porque fue escrito a través del corazón, al punto de hacer evocar la frase de Emerson: "Cortad estas palabras y sangrarán".

En 1927, "Rocío", y en 1931, "Pan y estrellas", señalaron el rumbo poético de un hombre que llegaba a la literatura incontaminado de influencias, sin retóricas, estructurando un mundo a sueño limpio, con una premisa que no ha abandonado: "La vida no es sino un tránsito. Y en ella hay que andar derecho. Y conservar la mano". Y en 1950 "Bordón" refirma el antiguo acento, ampliado con la experiencia y con los años. Tacconi ha conocido la lucha y las dificultades, pero no ha incurrido en la desesperanza. Conserva intacto su optimismo, pese a los golpes del camino. Su presente no es la meseta árida; es más bien un otoño florido, donde todavía prevalece la esperanza y la fe candorosa que le indujeron siempre a creer que la belleza existe y que la vida es buena. Filosofía elemental de hombre profundo, que cree en el lado mejor de las cosas, en lo positivo y en lo perdurable. El tiempo del ser humano ha de ser tiempo de construir. En el oficio de vivir, que no le ha sido fácil, aprendió la lección cotidiana de las cosas mínimas, el respeto a la humildad y el orgullo de su entereza. Y todo con el canto como divisa: *Gánate el pan cantando. Verás cómo es sencillo / dar salida en un canto a la angustia del pecho.*

La poesía de Tacconi, despojada de artificios, tiene su porqué. No pudo entregarse íntegramente a la creación, no pudo ser lo que llamaríamos un "profesional", si es profesión la del verso, porque otros afanes impostergables reclamaron su tiempo. Y su obra fue haciéndose, sin pretensiones, paralela a la brega de cada día. Le nació empero con esa exigencia de salud mental que lo singulariza. Respetamos en él la honda autenticidad de su intención poética; hay detrás de sus poemas una advertencia moralizante, sin pedanterías, y quizá sin darse cuenta. Y todo con un acento trascendido de dulzura, que agamuza para la convivencia a un hombre de alma bien templada. Ha predicado con el ejemplo: *Lima su filo cada día, hermano / y no hieras ni al aire con tus uñas.* No nos equivoquemos, sin embargo. Es un manso pero no un débil. Enérgico y luchador, no tiene asperezas, pero tampoco claudicaciones. Es fuerte y tierno. Evoca el ayer con un suspiro, repitiendo esas "*preguntas de niño ingenuo / que nunca tendrán respuesta*"; rememora con aroma, sabor, movimiento, sonido. Pero su añoranza no asume tonos sombríos, sino la placidez entristecida de lo que se acepta como irremediable. Prefiere volver la mirada hacia la realidad, pintándola con vigor plástico y jugosamente: *Vacas al sol... un camoatí... gallinas. / Por el camino, rumbo al pueblo, un carro. / Y allí, por el corral de cinacinas, / canta el hornero su epopeya al barro.* Estamos en plena égloga. En ese escenario todo color y vitalidad, le vuelve a la sangre el llamado sensual de la naturaleza: *Vengo del campo abierto; de acunar recentales / y hundir los pies en aguas de arroyo montaraz. / Traigo en los ojos verdes cascadas de sauzales / y en el oído un grillo y un palomo torcaz. / Vengo de una cabaña; de allende los trigales, / donde los soles nacen de un canto batarás. / Vengo de uncir los bueyes y de embridar baguales. / Traigo limpias las sienes y el corazón en paz.*

Ante el paisaje de Minas, las metáforas se agolpan, se atropellan, se derraman en un haz de colores y sensaciones; nos contagia una inédita beatitud, a nosotros, acostumbrados a nuestro paisaje de casas y calles, esa serenidad lírica que rezuman sus versos: *Del barranco va bajando / de piedra en piedra el silencio / a oir la música de agua / del cañadón pajarero. / Le salen a recibirlo / juntos, aroma y gorjeo; / y el camoatí, desde un molle, / saluda como un sombrero.*

Hay en la aparente sencillez de su voz, un sentido profundo, alerta, que subyace como esos jugos secretos que por debajo de la tierra nutren las raíces y surgen de pronto en floraciones imprevistas. Lleva por dentro una surgente musical que juega, cantarinea y en todo momento, como el rumor de olas preso en los caracoles marinos, le puebla el pecho de resonancias misteriosas.

Tacconi se nos aparece como testimonio de una fusión esencial entre la realidad y el ideal, hombre necesitado de un lucero inaccesible, de tener por encima de la frente un acicate infinito, algo que supere su condición mortal. Si "enfermedad de soñadores" es la poesía, él se ufana de ese mal incurable. Porque *"lo que tiene la vida de pequeño / se lo llevan los duendes y se olvida"*. ¿Qué verdad vale lo que la dulce mentira, que lima aristas y embellece el lado torvo de los días? No siempre se olvida, no siempre se llevan los duendes, lo pequeño de la vida; pero es preferible creerle al poeta y pensar que es posible.

Ese universo de irrealidades, alternado con la pujante y sabrosa vibración de las estampas campesinas, evidencia su equilibrio emotivo. Niño que por otras primaveras soñó con cometas inaccesibles, encuentra hoy en la mano, deshojada, la rosa de los vientos, juguete inútil, como una negación de otros rumbos. ¿Cómo se desquita? Como siempre: soñando. Pero al idealista no se le escapa, pese a todo, el desencuentro entre lo posible y lo imposible. Repite en él mismo la experiencia de todos los que buscan evasiones imaginarias, y sabiendo que el milagro no se logra, se refugia en la fantasía para consolarse, pues de otro modo la vida carecería de sentido.

Contemplada en conjunto, en la obra de Tacconi sobresale su poemario "Bordón": ahí se encierra el fruto de su madurez, el evangelio de su dulzura, su esteticismo involuntario, su fineza recóndita, su propósito ético. Tacconi no revoluciona estilos literarios; no instaura una escuela; no aporta innovaciones. No se lo ha propuesto en ningún momento. Da lo que le pertenece —que ya es modo de ser original— y dice lo que siente— que ya es legitimar su mensaje. Tiene la imagen feliz, el adjetivo certero, la emoción fresca, cantarina la alegría y transparente la pena. ¿Cómo, sabiendo que la existencia no es "azul y rosas frescas", como la quería Darío, consigue este hombre enarbolar una esperanza sobre cada fracaso? ¿Cómo ha podido sobreponerse, vencer, arrodillar los desalientos? ¿De qué hontanar secreto le mana la resplandeciente ternura? No le conocíamos aún, cuando oíamos hablar de su bondad cabal. Reconozcamos que no es frecuente. Se nos podrá objetar qu esta cualidad nada tiene que ver con lo literario. Sin embargo, no sabemos hasta qué punto no tiene que ver, y mucho. Pues cuando señala una vida, y distingue a un hombre, cuando define su ámbito ético y estético, y viene a ser como un destello que nos sale al encuentro, cobra la trascendencia de una definición que abarca al ser entero.

Tacconi ha sabido conservar intocada la parte angélica del espíritu. Tiene vocación de amistad, además de su pasión de poeta, y es dueño, pecho adentro, de su porción de cielo, su gajo de ceibo nativo, y la algarabía pajarera que le renueva en la frente el hálito de una juventud permanente. Bien puede decir:

Traigo limpias las sienes y el corazón en paz.

Dora Isella RUSSELL.
(Especial para EL DIA).



Delmira Agustini



Rubén Darío

DOS CARTAS INEDITAS DE DELMIRA AGUSTINI A RUBEN DARIO

CON la perspectiva del tiempo la figura de Rubén Darío se agranda en su contenido intelectual y humanidad. Su poesía nunca perdió el calor inicial de su trópico. Por eso nos llega aún con vaharadas de fuego para nuestro corazón y nuestra inteligencia. El calor de su vida lo consumió al fin, crucificado en la cruz de los siete pecados capitales en su lucha contra sus siete virtudes fundamentales. Por su condición de poeta que escribía con el resplandor de sus sentidos, cada papel impreso inédito suyo que aparece, irradia nueva luz sobre los hechos y el conocimiento de los hombres de su tiempo. Sus palabras conservan siempre una vibración de mensaje directo sobre las cosas y las criaturas.

Editado por Alberto Ghiraldo apareció un libro titulado "El Archivo de Rubén Darío". Papeles de Rubén Darío que conservaba su viuda, Francisca Sánchez, en su pueblo natal Navalsauz, cerca de Avila. ¿Es ese todo el archivo de Rubén Darío? ¿Lo habrá completado Ghiraldo con la publicación del "Epistolario de Rubén Darío"? Parece que no. Recientemente, un grupo de profesores y alumnos de la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid, bajo la dirección del profesor Dr. Antonio Oliver Belmás, en el que iba la escritora Carmen Conde, hizo una excursión a Navalsauz, visitó a Francisca Sánchez y tuvo la posibilidad de ver el archivo completo. Como la situación económica de la viuda no parecía muy satisfactoria y deseaba trasladarse a Madrid, se le arreglaron las cosas, se le ha comprado el archivo y se la ha facilitado un piso en la Plaza de Coimbra de la capital de España.

Debe destacarse que desde hace unos meses tres especialistas literarios trabajan en lo que ya se llama "Seminario Archivo Rubén Darío", provisionalmente en el número 93 de la calle de Alcalá. Alberto Ghiraldo parece no se portó muy bien con la viuda del poeta, pues se quedó con los originales y Francisca Sánchez quedó olvidada en el rincón de España. Estas noticias las sacamos de lo que escribe Carmen Conde en el número 29 de la revista CUADERNOS de París. Pero lo que consideramos despertará la atención de los lectores uruguayos es saber que en dicho archivo se han encontrado unas cartas de nuestra poetisa Delmira Agustini a Rubén Darío, que indudablemente tienen un gran valor documental, tanto para el conocimiento sicológico de Rubén Darío como de la autora de "Cálices Vacíos". En el mismo número de los CUADERNOS se transcriben tres cartas de Delmira Agustini y la contestación a una de ellas de Rubén, que dicen así:

DELMIRA AGUSTINI A RUBEN DARIO

(sin fecha)

"Perdón si le molesto una vez más. Necesito escribirle. Hoy he logrado un momento de calma en mi eterna exaltación dolorosa. Y estas son mis horas más tristes. En ellas llego a la *conciencia* de mi *inconciencia*. Yo *no sé* si su neurastenia ha alcanzado nunca el grado de la mía. Yo no sé si Ud. ha mirado alguna vez la locura cara a cara y ha luchado con ella en la soledad angustiosa de un espíritu hermético. No hay, no puede haber sensación más horrible... Y el ansia, el ansia inmensa de pedir socorro contra todo —contra el terrible *yo* sobre todo— a otro espíritu mártir del mismo martirio. Acaso su voluntad más fuerte necesariamente que la mía, no le dejará comprender jamás el sufrimiento de mi debilidad en lucha con tanto horror... Y en tal caso, si viviera Ud. cien años, la vida debía resultarle corta para reir de mí. Si es que Darío puede reir de nadie—. Pero si por alguna afinidad mórbida llega Ud. a percibir mi espíritu, mi verdadero espíritu, en el torbellino de mi locura, me tendrá Ud. la más profunda, la más afectuosa compasión que pueda sentir jamás.

"Piense Ud. que ni aún me queda la esperanza de la muerte porque la imagino llena de vidas horribles. Y el derecho del sueño se me ha negado casi de nacimiento. Y la primera vez que desborda mi locura es ante Ud. ¿Por qué? Nadie debió de resultar más imponente a mi timidez. ¿Cómo hacerle creer en ella a Ud. que sólo conoce la valentía de mi inconciencia? Tal vez porque le reconocí más esencia divina que a todos los humanos tratados hasta ahora. Y por lo tanto, más indulgencia. A veces me asusta mi osadía y a veces —¿a qué negarlo?— me reprocho el desastre de mi orgullo. Me parece una bella estatua despedazada a sus pies... Sé que tal homenaje nada vale para Ud. pero yo no puedo hacerlo más grande.

"A mediados de octubre pienso *internar* mi *neurosis* en un sanatorio de donde, bien o mal, saldré en noviembre o diciembre para casarme. He resuelto *arrojarme* al abismo medroso del casamiento. No sé: tal vez en el fondo me espera la felicidad. ¡La vida es tan rara!

"¿Quiere Ud. dejar caer en un alma que acaso se aleja para siempre, una sola palabra paternal? ¿Quiede Ud. escribirme una vez más, aunque sea la última, para decirme solamente que no me desprecia?

D."

(sin fecha)

"¡Con cuánta razón me recomienda Ud. *tranquilidad!* Para demostrarle mi estado de ánimo estos días bástele lo siguiente: como creía casarme muy pronto, ya había dicho a mi novio que pensaba sostener correspondencia con Ud. el más genial y profundo guía espiritual. Ayer casualmente él me preguntó si le había escrito o si había tenido noticias suyas. Me turbé tanto, divagué tanto, que llegó a imaginar lo imposible. Hoy me pregunto: ¿por qué? Es que hoy soy otra, al menos *quiero ser otra*. Seré dúctil, pero sea Ud. suave. Esculpame sonriendo.

"Acaso en mis manifestaciones de aprecio le resulte exagerada. Es que Ud. mismo ignora de cuánto bien y cuánto mal ha nutrido mi corazón. El supremo placer y divino dolor de la belleza. Sus versos me dan continuamente la *sensación irremplazable*. El momento inefable que nunca más se gozará, que nadie más podrá darnos... Todo aquel placer y aquel dolor que no volverán jamás aunque acaso vengan otros tan fuertes y profundos. Esta exquisita y suma sensación artística fuera de Ud., me la dieron dos veces solas en la vida: una Verlaine, en un soneto adorable, y otra Villaespesa (¿soy absurda?.. hablo con el corazón), en unos versos maravillosamente dulces. Y Ud., Maestro, Ud. me la da siempre, en cada estrofa, en cada verso, a veces en una palabra. Y tan intensa, tan vertiginosa, como en el día glorioso que entre una muñeca y un dulce, sollocé leyendo su "Sinfonía en gris".

"Por eso, si Darío es para el mundo el rey de los poetas, para mí es Dios en el Arte. Y para él quisiera arrancar rosas y astros de mi corazón.

"Y he visto a ese mi Dios, vivo, dulce y magnánimo. Dios que ha de amarse con el más vívido fervor celeste y la más blanca ternura humana.

"Explíquese Ud. así mi admiración.

"Y ahora, la absolución y el olvido. No me conteste a esta carta. Va en el más riguroso secreto de confesión. Un buen día de estos que quiera generosamente darme un placer, escríbame aunque sea una línea por cuenta propia. Me hará tanto bien una carta suya espontánea. Verá Ud. qué buena soy, qué tranquila le contesto. ¿Será pronto?

"Devotamente,

D. A."

LA CONTESTACION DE RUBEN DARIO

"A Delmira Agustini.
"Montevideo.

"Las tres poesías son excelentes y he dicho a Guido que todas ellas corresponden a *Mundial*.

"Son sinceras, bellas, femeninas. Espero las otras, con mayor *élan*, que me promete.

"Crea Ud. en mi absoluto afecto mundial. Sea optimista. Reciba siempre sonriente al Destino. Y cuide bien esas "perfidias felinas" de su espíritu, de que me habla.

"Siga el rumbo a que se sienta llamada. Nunca se engañe a sí misma, que es la peor de las culpas. Produzca. Aunque de lejos, intelectualmente, la miro y admiro.

Rubén Darío

"Buenos Aires, 23 Agosto 1912."

*

Los investigadores de la vida literaria de nuestro país, tanto desde el punto de vista de la interpretación de los textos como para la auscultación del corazón y el alma de los poetas, hallarán en estas cartas motivo de preocupación interpretativa.

El alma de nuestra poetisa se asoma en estas cartas con la misma contradicción íntima de incertidumbre, pero con el mismo impulso de vida superior. Se conoce *en* su exaltación llegando a la "*conciencia* de mi *inconciencia*", abriendo su alma al abismo de su vida interior.

¿Cuál fue el *horror* al que temía enfrentarse su debilidad? Misterio, aunque sea un misterio palpitante en toda su vida y en cada uno de sus versos. Y luego: "A mediados de octubre pienso *internar* mi *neurosis* en un sanatorio de donde, bien o mal, saldré en noviembre o diciembre para casarme". ¿Se fija el lector en esa personalización de la *neurosis*? No es ella la que se interna, sino su neurosis. Es un mal que tiene su personalidad ajena a ella siendo tan trágicamente de ella. Pero lo necesita así, para dialogar con él, como una fuerza exterior con la que combate para ser al fin vencida.

Y el interrogante premonitorio: ¿Quiere Ud. dejar caer en un alma que acaso se aleja para siempre, una sola palabra paternal? ¿Quiere Ud. escribirme una vez más, aunque sea la última, para decirme que no me desprecia?

¿Qué secreto espiritual contenía aquella alma atormentada dirigiéndose al poeta que considera como un "Dios en el arte"? La contestación única se la llevó con la muerte.

F. FERRANDIZ ALBORZ

(Especial para EL DIA)



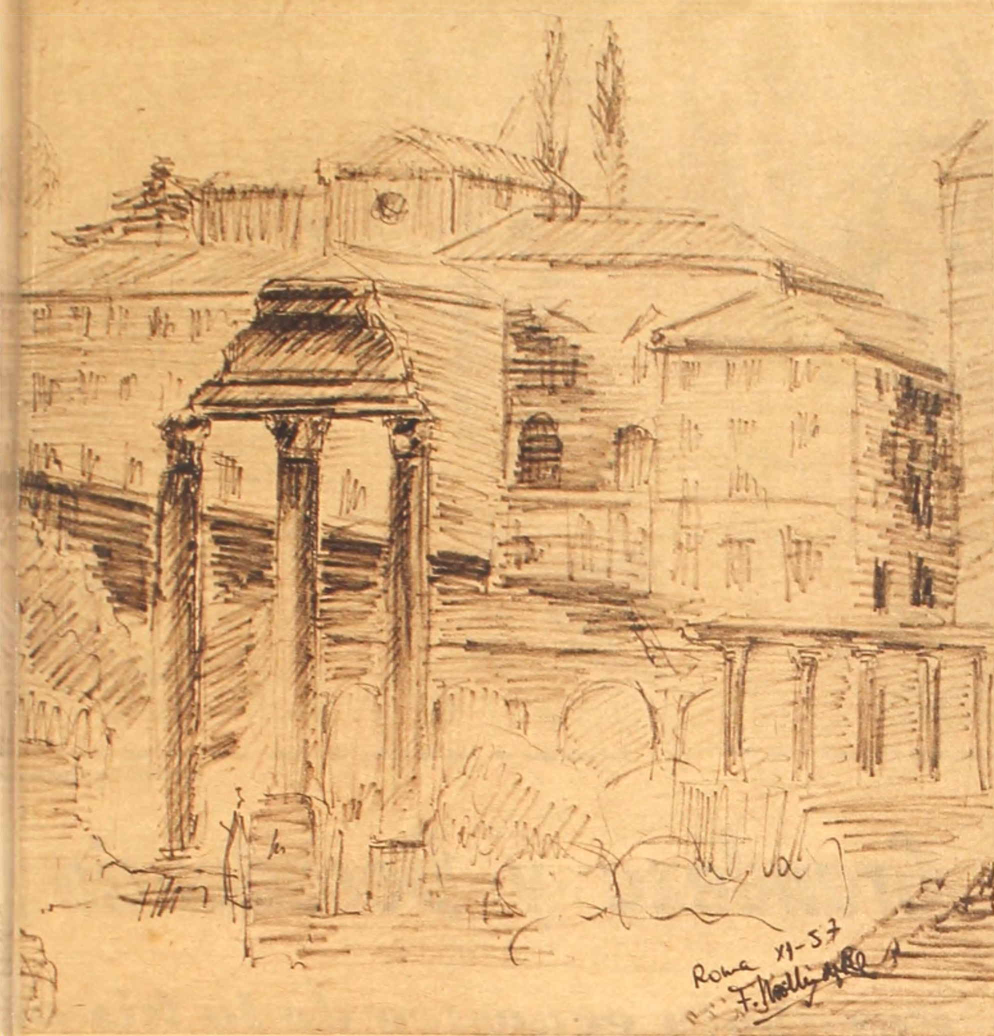


El paseo por la Via Appia es una de las emociones más hondas de la visita a la Ciudad Eterna. Fue la Via Appia importante carretera del Imperio —la "REGINA VIARUM"; se abrió en el año 312 a.C: y unía Roma con el Sur de la Península muriendo sobre el Adriático en la ciudad de Brindisi. Por ella pasaron todas las comunicaciones con el Oriente y por ella vino a Roma el cristianismo que había de realizar la gran revolución de la humanidad. A su largo se encuentran ruinas de villas, de mausoleos, de catacumbas y también residencias modernas que gozan de la encantadora placidez que parece ser privilegio especial de la Via Appia.

ESTAMPAS DE ITALIA

APUNTES DEL NATURAL TOMADOS EN ITALIA POR EL ESCULTOR F. MOLLER DE BERG, EN UN RECIENTE VIAJE.

Angulo del templo de Cástor y Pólux. Estas columnas reconstruídas en 1836 sobre bases no auténticas —con trozos auténticos— es uno de los monumentos más sugestivos de Agrigento. Estas ruinas evocan el esplendor del siglo V antes de Cristo cuando Agrigento era "LA CIUDAD MAS BELLA DE LOS MORTALES" según la definiera Píndaro.



El Foro Romano, centro eterno de la ciudad de Roma, sigue siendo el lugar que con voz más sugestiva llama a estudiosos y artistas; su grandeza que no se puede abarcar en el dibujo ni en la descripción, se acrece día a día por la investigación y la contemplación de sus ruinas.

Quedan todavía algunos de los jardines que el Renacimiento levantara en el Palatino sobre las ruinas de los palacios imperiales. La exploración de éstos se hace por debajo de los jardines contribuyendo la arqueología a que no desaparezca uno de los motivos más bellamente decorativos de esta parte de Roma.





Desnuda y recogida la iglesia de San Giovanni degli Eremiti, es el más característico ejemplo de arquitectura musulmana en una iglesia cristiana; fue levantada bajo la dominación normanda en el siglo XII. Su pequeño claustro que aquí vemos dominado por el campanario barroco, es un rincón de sugestiva belleza y su atmósfera persigue por siempre a quien ha puesto sus plantas en él.

Detalle del pilón central del puente Fabricio que está compuesto por dos arcos de 25 metros de luz. Este pequeño arco abierto en el alma del pilón da al conjunto una airosa elegancia.





El joven Rodrigo Díaz, cuando aun no era el temido Cid, derrota y da muerte al conde Laínez, que ultrajara a su padre. (Dibujo de Guillaume, 1856).



La entrada de los ejércitos del Cid, con el Campeador a la ca (Dibujo de Guillaum

Grandeza y Decadencia

Parábola ecuestre de la histor

TRES CABALLOS SIMBOLICOS

EN virtud de una singular parábola histórica el caballo ha contribuído sucesivamente a la emancipación, a la grandeza y a la decadencia imperial de España.

El caballo, regido por los castellanos, empujó al sarraceno, luego de un aposentamiento de ocho siglos en la Península, hacia sus antepasados y ardientes cuarteles del Africa berberisca; el caballo, montado por los conquistadores del siglo XVI, arrebató a los aborígenes el Nuevo Mundo descubierto por Colón; y el caballo, finalmente, fue el instrumento guerrero con que los criollos americanos sacudieron la tutela de la madre patria.

El caballo está unido desde los más remotos tiempos a la historia de España. Al describir las riquezas de su tierra el rey Alfonso X el Sabio dice que es "abondada de mieses, deleitosa de fructos, viziosa de pescados, sabrosa de leche... lena de venados et de caza, cubierta de ganados, lozana de caballos...". Pero en lo que respecta a los caballos el anónimo autor del *Poema de Fernán González* es más terminante todavía:

"Por lo que ella más val, aun non vos
[lo dixemos:
de los buenos cavallos aun mención
[non vos fizemos;
nunca tales caballos en el mundo
... ... [nunca viemos."..

La tierra de los mejores caballos fue también la cuna de los mejores caballistas y caballeros, y a lo largo de toda la historia el galope de los ferrados cascos advierte a los invasores que hombres ecuestres vigilan el destino violento de una nación libertaria y belicosa.

En la trayectoria secular de España se definen dos tipos humanos contrapuestos, que por lo mismo son complementarios e inseparables. Uno de ellos es el hombre señorial: el hidalgo, el caballero, el guerrero montado. El otro es "el hombre malo del campo y de la aldea", el mezquino agricultor que describe Antonio Machado en *Campos de Castilla.*

El hombre señorial de todas las clases sociales —sólo en España hubo caballería villana o popular— comienza su cabalgata durante la Reconquista, gana la América a horcajadas, hace golpear los cascos de sus corceles en las lavas de Nápoles, en las grises llanuras de Flandes, en el mediodía frutal de Francia. Y así cabalgando siempre, agranda un imperio, lo defiende, lo pierde, y regresa soberbio y sañudo, grave y melancólico, orgulloso y callado, a su solar de dura piedra, a su encina de duro palo, a su pan de dura entraña.

El labriego, en cambio, echa a rodar "la errante sombra de Caín" sobre los páramos castellanos, padece en las *barracas* los sórdidos dramas de la huerta valenciana, atruena con su jácara vegetal los cortijos andaluces, riega con lágrimas los olivos de la Hurdes, gime bajo las lluvias que empapan los hórreos galaicos, se encierra en los panales telúricos de Asturias y dispara sus órdagos en las tabernas de Vizcaya.

El choque de los hombres de a caballo y los labriegos apeados tuvo siempre estremecida a España, y las crónicas andaluzas están llenas de estos lances.

Pero el motivo de nuestro ensayo es otro. Procura protagonizar la dinámica social y espiritual española en tres caballos, a saber: el corcel blanco de Sant-Yago, Babieca y Clavileño.

El caballo del patrono español es mítico, el Babieca del Cid Campeador es real y el Clavileño del Caballero de la Triste Figura es fantástico.

Ya tenemos los tres elementos que mueven a secular combate el alma española: la leyenda, la realidad y la fantasía. Por el primer caballo el pueblo español hace una madrugadora profesión de fe heroica; por el segundo, una diurna afirmación de poderío; por el tercero, una evasión crepuscular y melancólica.

EL CORCEL DE SANTIAGO

España ya ha sentido sobre su ruda piel terrestre, el paso del celta, del fenicio, del griego, del cartaginés, del romano, del vándalo y del visigodo. Ahora recibe una nueva visita racial y cultural: en medio de la estridencia de sus chirimías y el relincho de sus jacos el moro trepa hacia el Norte y acorrala al español sobre el Cantábrico.

Y es próximo a este mar, precisamente, donde se halla el escenario de nuestro retablo mítico.

Por el camino que parte de Padrón avanza una carreta arrastrada por dos toros... No nos sorprenda el hecho y preparémonos para el milagro, pues la carreta conduce el ataúd de cedro donde va, muerto e incorrupto, Santiago el Mayor, el hijo del Trueno.

Según una piadosa leyenda, Santiago, discípulo y primo de Jesús, ya había predicado en España. En el año 43, de regreso a Jerusalén, Herodes lo hizo decapitar. Ahora retornan sus mortales restos al lugar de su juvenil misión evangélica. Y a orillas del Sar, en Galicia, los siete varones justos que custodian su cuerpo se detienen y dan sepultura al Apóstol.

Pasan así siete siglos. Ya va uno de dominación sarracena y la memoria de Santiago se pierde en el túnel de los tiempos. Pero Santiago se defiende del olvido, que es peor que la misma muerte, y quiere ayudar a su antigua grey. Hace brotar luces en el campo donde yace y todos los atardeceres las milicias del cielo entonan cantatas en su alabanza. La tumba es descubierta finalmente por el obispo de Iria Flavia hacia el año 814. En el alucinado y solitario campo de la estrella *(campus stellae)* surgirá la futura sede de Santiago de Compostela, la ciudad del Apóstol, centro de un activo culto europeo durante la Edad Media.

Pero hay algo en la devoción a Santiago —manso pescador judío convertido en caballero español— que tiene mayor trascendencia que la bella leyenda.

Los estandartes del Corán y el grito de ¡Alá! no encontraban respuesta plausible en el puñado de españoles perseguidos que se revolvían como lobos famélicos en la montaña. Para luchar contra los árabes y bereberes el Cristo de los Evangelios era un varón inútilmente dulce, una admonición de paz y no un músculo de guerra. Se necesitaba un pendón apasionado, un alma impaciente, un símbolo de fe bárbara y combativa.

Y un buen día aparece el mismísimo Santiago en los campos de lidia, montando un blanco y gigantesco caballo y blandiendo una espada reluciente. Lo ven los españoles en la batalla de Clavijo, ganada por



En una carreta tirada por dos toros es trasladado el cuerpo de Santiago el Mayor hasta la futura Compostela. (Anónimo catalán del siglo XV).



Las milicias celestiales eran representadas por los españoles del siglo XI montando a la jineta. (De Miles Christi, Beato de Osma, 1086).



… a la ciudad de Toledo, arrebatada al moro. …856).



Cabalgan el Cid y su padre Don Diego Laínez al frente de caballeros y mesnaderos por las calles de Burgos. (Dibujo de Guillaume, 1856).

…el Caballo
…a de España

…miro I en 822; cabalga triunfante en la …alla de Logroño; vence en la batalla de …ancas.

…'a tienen un adalid espiritual los caba…os cristianos. Al grito de ¡Alá! contes…n ¡Santiago y a ellos! y cerrarán contra …musulmanes con lanzas enristradas.

…n mito ecuestre mueve a todo un pue… Santiago el Mayor no está, en puridad …órica, enterrado en España ni comparece …los combates como incansable matamo… Vive, obra y cabalga en una sicosis …ctiva. Pero pragmáticamente ese mito …abeza sarracenos y levanta el ánimo de …guerreros. El milagro hípico se convier…n dinámica realidad· Y el lobo de las …tañas cantábricas se convierte en el león …pante de la meseta de Castilla, en la he…ica rugiente de la unidad peninsular. …sta es la leyenda del primer caballo de …aña, el blanco corcel de Santiago.

EL CABALLO DEL CID

…l caballo de Santiago y su jinete fueron …ntados para combatir al moro. Babieca, …ambio, fue arrebatado al moro y vuelto …ra su antiguo amo. Dos destinos histó… distintos cabalgan en ambos actos sim…cos y una nueva realidad social se re… en la conducta de Ruy Díaz, el Cid …peador.

…n este momento Castilla se afirma en …estribos de su voluntad reconquistadora … Cid, exilado por Alfonso VI, caballero …e pero leal, enemigo de la gran noble…que parasita en la corte y (a pesar de … injusticias) devoto del rey, entra en …a agarena para ganar su pan y terri…s a un tiempo.

…a historia resuena con serena grandeza …l *Cantar de Mio Cid.* Casi todo lo que …arra en el Poema es real y sólo lo ad…o es imaginado por el juglar de Medi…li. Por eso debemos buscar el segundo …ngible caballo de España en sus pá…s de primitivo acento, pero llenas de …r adolescente y majestad madura.

…l Poema del Cid es épico precisamente … ser un poema hípico. La lucha contra …rabe caballista sólo pudo realizarse a …llo. La equitación española sobrevi…te fue, por fuerza, una tarea heroica. … personajes del Poema, fiel espejo de …iempo, son a la vez los caballos y sus …lleros. Y tan es así que el juglar, al …lerar el denuedo de uno de los capi…s del Campeador, se refiere primera…te a las cualidades de su caballo:

Minaya Albar Fáñez — bien Panda
[el cavallo,
aquestos moros — mató treinta
[y cuatro;
…pada tajador — sangriento trae
[el braço,
…or el cobdo ayuso — la sangre
[destellando.

…a presencia del caballo atraviesa todo …Poema con obsesiva reiteración, a tal …o que justificaría un estudio monográ… Pero nosotros no buscamos el caso concreto, sino la inducción interpretativa. Y a todos los caballos los resumimos en Babieca.

Babieca encarna la época más esforzada de la reconquista: cuando hombre y caballo eran el único capital gastable; cuando hidalgos pobres y muchas veces proscritos ganaban su guiso de carnero arrebatando comarcas al sarraceno; cuando la lumbre crematística de las Indias debía aguardar aún varios siglos para encender sus lámparas de oro; cuando Castilla asentaba la esencia de lo español en los valores físicos y morales de la combatiente persona humana Por eso, porque la acción y la pasión estaban antes que la meditación, el despertar espiritual de Occidente en el siglo XII, el proto renacimiento literario y filosófico de Europa, no encontró propicio acogimiento en los yermos de la meseta que lanzaba sus catapultas de hueso, carne, sangre y coraje hacia las fronteras del Islam.

No hay atildamiento ni sabiduría en el Poema de Mio Cid. En sus páginas sólo se escucha el ruido marcial de hombres que hablan poco y hacen mucho, y el relincho de los caballos que dan a esos hombres medida de su señorío y oscura conciencia de un heroísmo que, por ser cotidiano, se incorpora a la vida con la llaneza de un ademán habitual.

Esta es la realidad de Babieca, el segundo caballo de España.

CLAVILEÑO

No es por cierto Rocinante el caballo simbólico de Alonso Quijano, el Bueno. Rocinante, como el cuerpo del Quijote, pertenece a este mundo. El espíritu idealista del hidalgo manchego cabalga y cabalgará por siempre en Clavileño, el caballo de madera, que sin despegar del patio del palacio ducal, asciende imaginariamente a las altas regiones del cielo.

Pero evoquemos brevemente, antes de descubrir los símbolos, la aventura del corcel de pino.

Ha llegado Don Quijote al palacio de los cínicos y burlones duques, fieles representantes de la aristocracia que por ese entonces soportaba España.

Para desencantar a las dueñas barbudas debe ir Don Quijote al reino del gigante Malambruno, guiando al hipozilo fabricado por el mago Merlín, que otrora montaran el paladín Pierres y su raptada, la linda Magalona.

Don Quijote, como siempre, se traga bonitamente el cuento y sube a Clavileño el Alígero acompañado por Sancho —¡otra vez el caballero y el labriego!— dispuesto a volar hasta la remota región de Candaya.

El caballo de madera, naturalmente, no se mueve del patio, pero como estaba en el trato vendarse los ojos, el caballero y su escudero emprenden un fabuloso viaje inventado por el delirante hidalgo.

Cuando los criados hacen soplar los fuelles, Don Quijote se cree llegado a la segunda región del aire donde se engendran el granizo y la nieve, y cuando encienden antorchas se imagina estar en la superior región del fuego. Comentan esta ascensión el hidalgo y el rústico con sabrosas razones y, mientras discurren, los duques gozan con sadismo oyendo sus ingenuas pláticas. Hasta que los servidores ponen fuego en el vientre de Clavileño —que Don Quijote no quiso mirar por dignidad, pese a su recuerdo del caballo de Troya— y el artefacto, lleno de escandalosos cohetes, estalla dando con sus jinetes por el suelo.

¿Cuál es la moraleja de esta degradante y miserable aventura?

El Quijote encarna en este instante a España, es la propia España montada en un corcel que vuela con la fantasía pese a estar maneado por una afrentosa realidad. España está cansada de enseñarle a morir al mundo, ha gastado demasiado carne noble en los combates, ha derrochado su famosa furia en vano, ha visto hundirse a la Armada Invencible, ha contemplado con desolación sus provincias despobladas, sus pecho sin leche heroica, su vientre sin mellizos guerreros. Ya no es la doncella atrevida de los siglos de Santiago ni la Jimena animosa de la epopeya del Cid· Ya se ajan sus mejillas de matrona otoñal, ya caen las comisuras de su boca con rictus amargo, ya su barbilla se apoya pesadamente en el puño dolorido y se entrega al recuerdo de la pretérita grandeza.

Cervantes ausculta certeramente el ritmo del cansado corazón de su patria. Y así nace el hijo de su desencanto, el Quijote, un hidalgo del siglo XIII en el árido mundo del siglo XVII, a contramano con hombres y cosas. Don Quijote será el defensor de un ideal fenecido y por ello hará el ridículo; ya no pueden vagar por los caminos caballeros andantes ni España puede mantener la principalía que tuviera en el siglo XVI sobre la irritada y envidiosa Europa. Por eso Don Quijote, inocente víctima de los fabricantes de Clavileños, y con él España, víctima de su desmesura épica e hípica, son desmontados por el corcovo de la historia.

Y esta es la melancólica evasión de Clavileño, el tercer caballo de España.

Daniel D. VIDART
(Especial para EL DIA)



Caballeros españoles de la orden de Santiago. (Del "Libro de la Cofradía". Siglo XV. Archivo Municipal).

EL INGLES JORGE

LA niña Maruja y la sirvienta Ana tejen hace rato su diálogo de todos los días, bajo la enramada de la estancia, desde la que se domina el camino real que ondula sobre cuchillas y bajos apareciendo y desapareciendo, y volviendo a aparecer hasta perderse en el lejano monte del Palmar. Están hablando de sus respectivos amores. Maruja dice:

—Total: vos no lo querés deveras.

—Mire, niña: tal vez esa sea la verdad. No le tiene apego a nada: ni a los potros que doma y le dan de vivir, ni al dinero que gana, ni a sus hermanos, ni a mí misma. Es hombre que vive en el momento que vive y nada más. Es buen mozo, y sobre alguna habilidad tiene la de que canta lindo...

—Eso dicen.

—¿No lo ha sentido?

—De lejos, dos veces.

—¿Quiere oirlo? Ya dejó el trabajo, está en el galpón tomando mate.

Vino el mozo, guitarra en mano. Largo cabello, bigote escaso, ojos luminosos.

—Con su permiso, niña, me viá sentar. Mire que canto de rigular una cuarta pa abajo. Pero Anita se empeñó tanto...

Días después, solos Ana y el domador, aquélla dijo:

—Mirá, Bentos: la niña se te está aficionando mucho y a vos no te desagrada el juego; y para dos no das. Así es que...

—¡Pero usté ta loca, corazoncito!

—¡Qué voy a estar loca! La que parece andar con los sesos revueltos es la niña...

♣

Ese atardecer, como casi siempre, están bajo la enramada Maruja y Ana.

—No ha de demorar, — dice en una de esas Maruja — lo que no sé es si viene a caballo, en sulky, o en carruaje... ¡Mirá!

Por la punta del camino que salía de entre dos cerros — los Cerros Mochos — apareció un jinete. Venía al galope tendido. Lo observaron un momento. Hasta que Maruja gritó:

—¡Es Jorge!

Se levantaron. Diez minutos después se apeaba entre dueño, hija, peones y perros alborotados, Jorge Dickinson, hombre de hasta veinte y cinco años. Muy ceremoniosamente saludó al padre de Maruja — su madre había muerto ha poco — y a ésta.

♣

Dickinson conoció a Maruja en una fiesta de club, en la capital de cierto departamento norteño. Le complació aquella mujer joven y hermosa, de esplendoroso tipo criollo. Ella se sintió cálidamente atraída por aquel mozo rubio, recto y apuesto. Bailaron, bebieron, el prometió ir a la estancia del padre de ella, desde la suya, entre las que había seis leguas. Y así fue.

De noche, después de la cena, Jorge dijo a Maruja:

—¿Usted madruga?

—¡Qué esperanza! Se me pegan las sábanas hasta las once...

Amaneciendo, al otro día, llamaron a la puerta. Jorge respondió:

—¿Quién es?

Y en la voz de Ana oyó:

—Yo, don Jorge, que vengo a preguntar si le sirvo el desayuno.

Dickinson abrió. Ahí estaba Ana, fresca, envuelta en un suave perfume a salud íntegra, encendidas las mejillas, bermejos los labios, rozándole la cintura las puntas de sus trenzas doradas. Jorge, en camisilla, daba los últimos toques a su afeitada.

—¡Ajá! ¿Dónde tomo el desayuno?

—En el comedor, pues.

—Bien. ¿Cómo es su nombre?

—Ana. Ana Renner.

—¿Su padre es criollo?

—Sí señor, era. Mi abuelo suizo.

—¡Ah!

—¿Por qué dice ah?

♣

En la otra mañana, temprano, vuelta a llamar a la puerta.

—El desayuno, don Jorge.

—Adelante. ¿No lo podría tomar aquí? Estoy terminando unas cartas, pienso quedarme dos días más.

Ana volvió con una bandeja. Jorge dejó la pluma y la observó profundamente. Y dijo:

—Ana: ¿usted sabe todo lo linda que es?

Ana dejó de ordenar el servicio. Se le plantó enfrente y le respondió:

—Mire, don Jorge: el otro año pasó una temporada aquí un primo de la niña. Una mañana, como esta de hoy, me dijo más o menos lo que usted me ha dicho. Y después de decirme eso se me vino como zorro que carga a una gallina. Lo corté en seco, le deshice la cafetera en la cabeza. Y le dije: —¿Piensa que me voy a tender en esa cama nada más que por un antojo suyo? ¿Quiere que lo haga? Pues pregúnteme primero si entra en mis cálculos como hombre, y si le digo que sí vaya y traiga el juez, y firme conmigo el contrato. Yo no corro carreras cuadreras...

Jorge rió de muy buena gana. Y habló:

—Yo no sé, Ana, lo qué habrá pensado de usted el primo de la niña, ni creo ser zorro, y usted, desde luego, no es ninguna gallina. Yo sólo sé — porque lo estoy mirando — que usted es muy linda... Por otro lado, esta cama es de soltero.



—Muy bien, don Jorge, fue una advertencia para no tener que romper esta otra cafetera.

—Bien, bien. Hablando de todo un poco: ¿no me podría hacer lavar y arreglar esta camisa? No vine muy prevenido, pensaba irme en seguida...

—Démela.

♣

Recién en los almuerzos Jorge veía a Maruja. Hablaban un poco, luego ella se iba a sestear y él a leer cualquier cosa. En las tardes se reunían bajo la enramada, a donde siempre iba a cantar Bentos. Jorge observó que en alguna canción picaresca del domador la niña se estremecía nerviosamente, que su pecho palpitaba a prisa, y que sus ojos se fijaban, punzantes, en los del hombre.

♣

—Aquí está su camisa, don Jorge.

—¡Caramba! ¿Quién hizo el trabajo?

—Yo, don Jorge.

—¿Usted? No se si habrá en este pago muchas manos como las suyas...

—Yo fui criada por mi abuelo que nos enseñó muchas cosas buenas: saber ser limpias, cocinar, ordenar. Mire: la manteca y los quesos que yo hago no tienen par. Mi abuelo se juntó con una criolla, estaba trabajando muy bien. Después le entró como una tristeza sin fin, se dió a la bebida, y un día apareció boyando en el camalotal del Palmar. Yo tenía diez y ocho años, mi madre me colocó aquí...

—¿Su madre vive?

—No, don Jorge.

Quedaron un rato en silencio. Después Dickinson habló:

—Mi padre es criollo; pero mi abuelo era inglés. Aquí se hizo rico trabajando lanares. A mí en el pueblo, donde voy de vez en cuando a juntarme con algunos amigazos, me dicen el inglés Jorge. En alguna ocasión me da por empaparme de whisky. He armado escándalos mayúsculos: peleas, trompadas, botellazos, mujeres, carpetas, riñas de gallos, policía...

—¿Por qué me está contando todo eso?

—¿Usted no me contó lo suyo?

Jorge salió al campo, bruscamente. Se encontró con el padre de Maruja.

—Buen día.

—Buen día. ¿Escribió sus cartas? El pe[illegible] está pronto.

—No señor, no las escribí. Reso[illegible] hoy. Ya he pasado muchos días aquí. Mi padre me necesita en la estancia. Si me hiciera el favor de mandar echar mi caballo.

—¿Cómo no? Voy a despertar a Maruja.

—Déjela dormir, por favor. Las despedidas sin verse son las mejores.

Jorge entró a su cuarto. Ana estaba arreglándolo. El mozo se calzó las botas y se enfrentó a ella.

—Ana, me voy. Dentro de una semana, el viernes que viene, a esta misma hora, llegaré aquí en el breque de mi padre. En el traeré a Basualdo, el Juez de Paz. Vendré a preguntarle que si yo entro en sus cálculos como hombre, en el coche está la autoridad que nos va a casar en mi estancia. Y usted tendrá que subir inmediatamente, sin más prendas que las que tenga puestas y marchar conmigo a mi casa, que será la suya. Buen día.

Ana lo vio salir, sintió sus voces de despedida, y los cascos de su caballo al rumbear a la portera que daba al camino. Se sentó en la cama que estaba tendiendo y dejó caer la cabeza entre sus manos; y así quedó largo rato, sumida en un mundo fantástico.

Exactamente una semana después, y a la hora dicha, llegó Jorge Dickinson. Bajó del breque — que él mismo manejaba — salió el dueño de la estancia, se saludaron. El Juez Basualdo, que era conocido, estrechó la mano del hacendado.

—Voy a llamar a Maruja.

—No señor, déjela dormir, otra vez será, — dijo Jorge — vengo con mucha prisa. ¿Dónde está Ana?

Ana había aparecido en ese instante. Estaba encuadrada en la puerta de su cuarto. Jorge la miró. Ella se acercó con paso firme.

—¿Viene con nosotros?

—Sí, don Jorge.

Salió corriendo y volvió con un pequeño atado. Antes de poner el pie en el estribo del coche saludó al hacendado.

—Adiosito, patrón.

El patrón, pasmado ante todo aquello tan insólito, preguntó a Dickinson:

—Que, ¿la lleva pa sirvienta?

—No señor; para esposa.

Y el carruaje, envuelto en una nube de polvo que el sol ya alto hacía luminosa, rodó por el ondulante camino hasta desaparecer entre los Cerros Mochos.

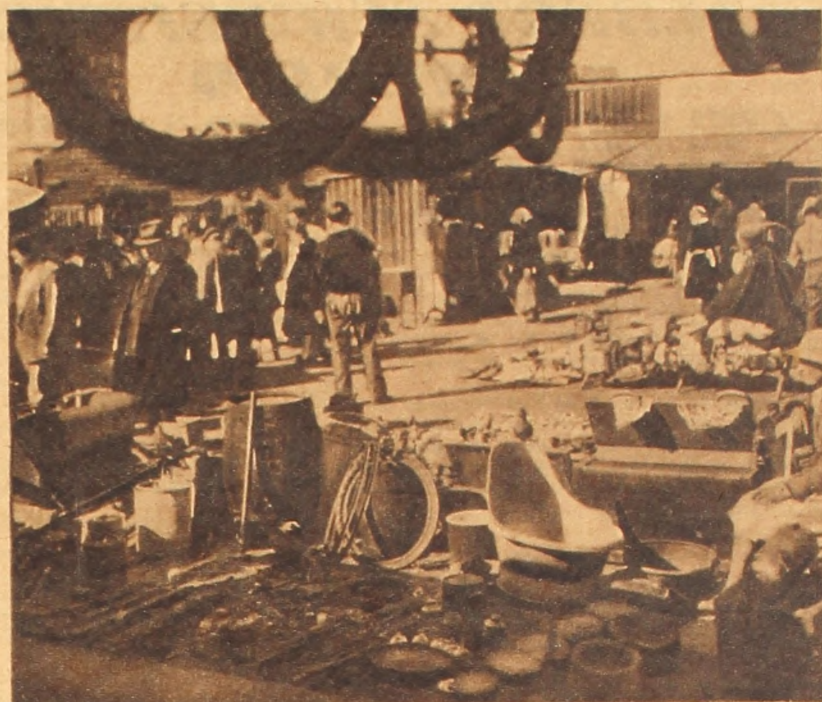
José MONEGAL.

(Especial para EL DIA).

(Dibujo del autor).



La Plaza Furstenberg.



El Mercado de las Pulgas.

UN DESPERTAR DE PARIS

PARIS, otoño, seis de la mañana. Barrio de la Opera, de las Galerías Laffayette, de la Estación Saint-Lazare. La ciudad amanece lentamente, envuelta en las sábanas de su niebla.

Con sus párpados bajos, todos los edificios duermen. La masa enorme de la Opera es un gran barco oscuro que ha acolado, durante la noche, en el centro mismo de la ciudad. En los boulevares, sobre las azoteas, grandes letreros luminosos guiñan en vano a un cielo indiferente.

En las esquinas, señales rojas y verdes se alternan incansables sobre el betún lustroso de las calles. Semejan un "croupier" gritando "¡Hagan juego, señores!", en un casino desierto. Cansados de su espera inútil los colores se ceden la plaza. A veces, un auto solitario y oscuro atraviesa corriendo, apresurado como un delincuente.

Los grandes "magasines", que hemos visto siempre llenos de un público nervioso, son, a esta hora, escenarios desiertos, anfiteatros vacíos, donde en vano los manequíes mantienen su incómoda rigidez.

Las veredas húmedas también están desiertas. Pero, de tiempo en tiempo, de la boca de un "metro" sale un montón de personas —juntas y calladas— que pronto se disuelven en la soledad de las calles.

Nos vamos acercando a la Estación Saint Lazare que con su enorme reloj es el sereno nocturno de este barrio. Ya cierta claridad lechosa se extiende sobre las azoteas. Son las siete. Se escucha el ruido de algunas cortinas metálicas que se levantan. Los autos, en las calles, son más frecuentes. Y la gran estación comienza a volcar, de cada tren de los suburbios, sus cargas sucesivas de empleados modestos.

Por la parte lateral de la estación —que corresponde a los trenes suburbanos—, cada pocos minutos, salen grupos apresurados de hombres y de mujeres que pronto se pierden dentro de la ciudad. Oleadas sucesivas de empleados humildes con que la estación va a llenar pupitres y mostradores de las oficinas y de los comercios. Mujeres con un pañuelo en la cabeza y un paquete donde llevan su almuerzo. Hombres de boina o de gorra y con una cartera de la que asoma un termo. Artesanos con sus útiles de trabajo. Algún marinero con el pompón rojo en la gorra. Empleados de las peluquerías, los cafés, los garajes. Son ellos quienes pondrán en marcha al organismo total que todavía duerme .

◆

Ciertamente, no es éste el despertar de los otros barrios de París. L'Etoile y Champs - Elysées, a estas horas, estarán durmiendo, cerrados sus comercios de lujo. Tampoco estarán abiertas a estas horas en Place Vendome y en Faubourg Saint-Honnoré las vitrinas con joyas, frascos, carteras de damas, guantes. En las calles en torno a Les Halles estarán instalando en este instante las ferias de comestibles donde los olores se mezclarán a los ruidos. Montparnasse y el Barrio Latino no habrán abierto todavía sus librerías ni instalado las terrazas de sus cafés. Los bistros de Montmatre recién estarán bostezando.

Es en torno a las estaciones que sirven a la gran ciudad donde ésta inicia sus movimientos cada mañana. Por ellas afluye todo ese mundo que va a trabajar para el placer de los otros. Como pulsaciones sucesivas, llegan tandas de centenares y centenares de artesanos y empleados. Son los brazos y los dedos que mueven a París. Las pequeñas costureras de los grandes modistos, el modesto funcionario de las oficinas y de los bancos, los mozos de los hoteles y de los restaurants, obreros de sus máquinas, telefonistas, mandaderos: todo un mundo sin brillo, apagado, humilde. Son ellos los que caminan en ese tumulto apremiado y silencioso, con el solo pensamiento común de la hora, siempre apresurados, mojados a veces por la lluvia, doblados otras por un frío que los penetra y hace más apresurada aún su marcha.

◆

A las ocho de la mañana ya el tránsito de los boulevares es más intenso. Ya están los varitas en las esquinas con sus silbidos y sus indicaciones. El cielo tiene ahora una claridad amarillenta, y los letreros de neón hacen sus afirmaciones luminosas cada vez con menor convicción. Tropeles de autos parten a cada guiñada verde. Las veredas han acabado por llenarse densamente con las bocanadas sucesivas que vierten las estaciones del "Metro". A la Estación Saint - Lazare han llegado también algunos trenes de las grandes líneas internacionales, aguardados por grandes autos y taxímetros.

De las puertas laterales —a las que no se aproxima ningún auto ni taxi— siguen saliendo y saliendo las oleadas sucesivas de pasajeros de los suburbios. El ritmo de llegada de todo ese mundo anónimo es como el ritmo de una arteria menor, pero infatigable. Su curso, entre los otros grandes cursos de la ciudad inmensa, puede seguirse como el de esas corrientes que circulan dentro de la masa del gran océano. O como bajo la piel impasible, la pulsación permanente de nuestras arterias. Obreras infatigables y modestas —ellas también— que trabajan para que otras partes descansen, sueñen o disfruten.

ISIDRO MAS DE AYALA

(Especial para EL DIA)



El Mercado de las Flores.



Saint-Germain-des-Prés.

ALBERT SCHWEITZER, MEDICO

CIERTO día a comienzos de 1913, un doctor llamado Albert Schweitzer, abandonaba Gusbbach, su pueblo, su casa, sus amigos, daba la espalda a una brillante carrera teológica, filosófica y musical, que ya lo había consagrado en los círculos europeos dedicados a esas disciplinas, para entregarse por entero a sus semejantes.

Rumbo a Lambarené, en el corazón del Africa Ecuatorial Francesa, iba a encontrarse con su verdadero destino, el de médico de una porción desamparada de la humanidad.

¿Por qué el mundo se ha preocupado por sus actividades? ¿Por qué no permaneció en el anonimato de tantos seres que sintieron sobre sus hombros el peso sagrado de una misión? ¿Por qué finalmente se le denominó "El hombre del siglo"?

El estudio de su personalidad múltiple revela en sus distintas facetas rasgos comunes a todas ellas, una mente siempre en procura de lo perfecto, una gran sinceridad y una voluntad inquebrantable.

Arquitecto de su propio destino, pertenece a esa clase de vidas que se congujan siempre en singular y que se destacan por encima del género humano para dignificarlo con su presencia.

La filosofía y la religión desarrollaron poderosamente un espíritu complejo, místico y crítico a la vez, que no se detiene en la pesquisa histórica de los hechos, aún ante comprobaciones que puedan herir su carácter piadoso, reconfortándose en el dicho de San Pablo: "Nosotros no podemos hacer nada contra la verdad, sino para la verdad".

Pertenece Schweitzer a la estirpe de aquellos seres que poseen el raro privilegio de captar la esencia oculta y fundamental de toda actividad humana, las apariencias se desvanecen ante su mirada penetrante y la realidad revela su perfil luminoso.

Y es así que a los treinta años, este estudioso demuestra que la erudición es sólo un medio para servir y no una finalidad en el hombre, que el arte es un goce que debe posponerse hasta que se acallen los ayes de dolor de los que sufren, que el amor a los hombres es más efectivo en la práctica que en la prédica.

Y este investigador de la verdad histórica de Jesús y de San Pablo, este eximio concertista intérprete de Bach y biógrafo del mismo, constructor de órganos, instrumento musical de su predilección, eligió y dio preferencia al estudio de la Medicina para mejor servir a la Humanidad.

Un día del mes de octubre de 1905, el profesor Fehling, decano de la Facultad de Medicina, recibió una sorpresiva visita y extraña petición. Frente a él estaba Schweitzer, profesor de Teología y famoso por sus conciertos de órgano y escritos filosóficos, pidiendo ser admitido como estudiante de primer año de Medicina. Dice Schweitzer: "No sé si Fehling no habría pensado que lo mejor era pasarme a su colega del Departamento de Psiquiatría".

Pero cualesquiera que fuesen los pensamientos de Fehling, él advirtió en Schweitzer un hombre resuelto, y una neblinosa mañana, Schweitzer empezó a asistir al curso de Anatomía.

Y así fue cómo el Dr. Schweitzer, brindó a sus compañeros del cuerpo docente de la Universidad, los profesores de Medicina, el raro espectáculo de tener como discípulo de primer año al profesor de Teología de la misma.

Después de cursar una carrera en que se alternaban las clases con los conciertos y las prédicas, Schweitzer trocó el ambiente musical, sus audiciones en sociedades famosas de París y el mundo europeo, la convivencia con intelectuales y gente de mayor figuración en los anales del arte y de la ciencia, por Lambarené, en medio del Africa Ecuatorial Francesa, acompañado de su esposa Helene Bresslau, quien había estudiado enfermería para capacitarse en la colaboración de tan magna empresa.

Llegó a la profesión como debería arribar todo médico, por amor a la humanidad...

Tenía treinta años, era profesor de Teología y predicador, pero ello no era suficiente.

"Yo deseaba ser un doctor —manifestó— que pudiera trabajar sin tener necesidad de hablar". El enjambre armonioso de las palabras destilando la miel de la bondad y la sabiduría, le parecían insuficientes, pobres, frente a la acción que condensara en realidad las más nobles aspiraciones humanas. Predicar el amor a los hombres, es una pálida exteriorización de la bondad que atesora el espíritu, si no se manifiesta en los hechos. Por eso eligió ser médico, porque era la mejor manera de servir y aliviar al prójimo, porque era el poder dar a través de la disciplina del estudio, del conocimiento y de perseverancia en el esfuerzo.

Porque no tenía que pertenecer a ninguna organización benéfica ni atenerse a sus reglamentos, porque allí donde hubiera un dolor que calmar, una salud que restituír, sólo bastaba su propio espíritu y conocimientos para obrar el milagro, no importa el color, raza o creencia y, como lo dijo Pasteur, ese otro amante de la humanidad en una frase que obra encima de la portada de su Instituto: "No se le pregunta al que llega, de qué raza es ni qué religión profesa, ¿sufres? Tú me perteneces, entra".

Como una inmensa ola de dolor y padecimiento afluía el torrente humano al modesto hospital de Lambarené improvisado en un gallinero. En nueve meses desfilaron por él cerca de mil pacientes. Las enfermedades desplegaban ante los ojos apenados de Schweitzer todo su muestrario de horrores. Lepra, malaria, enfermedades del sueño, úlceras tropicales, disentería, elefantiasis, enfermedades del corazón, neumonía. Y por una rareza que aún Schweitzer no se puede explicar, nunca en todos sus años de médico misionero, tuvo que tratar un paciente aquejado de cáncer o de apendicitis.

Pocos meses después de su arribo, Schweitzer había construído el primer Hospital.

Las dificultades surgían unas tras otras. Todo había que realizarlo en la selva, en ella un hombre civilizado siente en forma opresiva el retroceso hacia un pasado del cual había perdido memoria, y establece la distancia que media de las cosas como son y cómo deberían ser; debe madurar de golpe el proceso evolutivo, sin los medios que apresuren su advenimiento.

En Lambarené el hombre es un prisionero de la selva. Un viejo jefe dice: "Nuestro país se devora a sus hijos". Y otro afirma: "Aquí, entre nosotros, estamos casi todos enfermos".

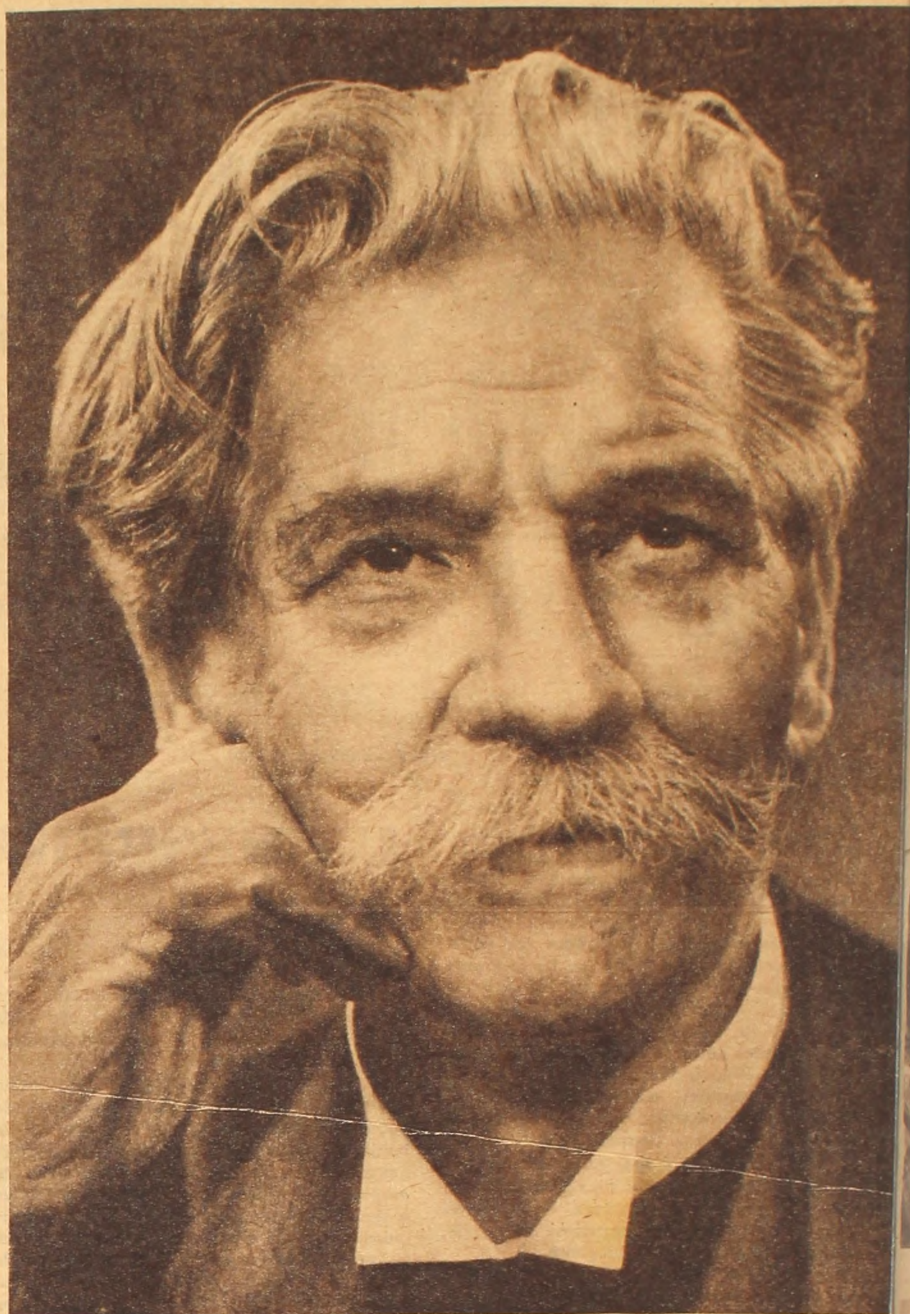
Una de las afecciones más terribles que aquejaba esta porción desventurada de la humanidad era la hernia estrangulada, pocos de ellos podían decir que no habían sido testigos en sus vidas del espectáculo electrizante de un ser arrollándose sobre la arena de su choza agonizando entre alaridos de sufrimiento y esperando la muerte como una liberación. Y sobre Schweitzer cayó toda la responsabilidad de esta cirugía de urgencia, sólo él en miles de millas estaba capacitado para ayudar a un ser que en estas condiciones era conducido hasta su precario hospital africano.

En estas instancias Schweitzer se sentía privilegiado y se congratulaba de haber seguido su inspiración, cuando podía liberar de cruentos dolores a quienes de no mediar él, sólo les esperaba espantosa muerte.

Abundaban en su lote aquellas enfermedades que se evita mencionar, y las psicosis tenían un carácter sombrío, rayano en la tragedia en sus recursos desesperados.

Carentes de salas de reclusión para los enfermos agitados éstos debían ser atados a un árbol hasta que los calmantes surtieran su efecto. A veces las ligaduras se rompían, otras el enfermo desaparecía misteriosamente, y Schweitzer luego averiguaba que había sido sacrificado por sus familiares...

Y en medio de esta Medicina alucinante, Schweitzer durante la primera guerra mundial agradecía a dios el privilegio que le era concedido de que mientras a otros se les ordenaba matar, a él estaba encargado de proteger la llama sagrada de la vida.



"OGANGA" EL HECHICERO BLANCO

¿Qué representaba para el africano este blanco que vino desde muy lejos a restañar sus heridas en el corazón de la selva?

"Oganga" le llamaban, "el hombre que cura", era para ellos un motivo de admiración y respeto, había que estar muy bien con este hombre que era capaz de dominar las enfermedades, para ellos la superioridad era un arma de dos filos, estaban acostumbrados a recurrir al hechicero para liberarse de sus dolencias o para hacer que otros las sufrieran... No conocían el bien absoluto, aquel que no tiene revés.

¿Quién era este hombre que entre los rumores de la selva irrumpía en sonidos nunca escuchados en la noche africana, que al sordo resonar del dum dum de los tambores, que arranca el tableteo de bronceadas manos agitándose nerviosas sobre el parche como si fuera el ronco latir del corazón de la jungla, respondía no ya con el golpe rudo de la palma, sino con el fino movimiento y estudiada presión de cada dedo, recorriendo el teclado del órgano como si fuera la dentadura de marfil de un extraño animal, presionando sus patas con sus pies y arrancando de su erizada columna de tubos el resuello armonioso? ¿Quién era este hombre que transportaba en alas de la música al centro de la selva, el alma de Bach y de Beethoven?

OGANGA, el hombre que hace morir y resucitar, el que sin preguntar adivina lo que se sufre.

Una pequeña de Lambarené pone su sentir en una carta de su escuela dominica dirigida a otra niña de la misma institución en Alsacia. "Desde que vino Oganga, dice, aquí han pasado cosas maravillosas. Primero de todo, él mata la gente enferm[illegible] luego las cura y después las despierta d[illegible] nuevo". He aquí una ingenua pero expre[illegible]siva interpretación de una de las más gran[illegible]des conquistas de nuestra civilización: [illegible] anestesia.

*

Este hombre que podría haber elegido [illegible] profesorado en universidades de Inglaterr[illegible] Francia, Alemania o América, para llen[illegible] cátedras que le fueron ofrecidas de filos[illegible]fía, teología, musicología o de historia, d[illegible]clinó el honor que para otros hubiera si[illegible] la culminación de una vida, para ser p[illegible]mordialmente un médico dedicado a alivi[illegible] los dolores de la humanidad.

Prof. Dr. Víctor SORIANO

(Especial para EL DIA)



Toldo chulupí inmediato a la misión.



Niños indígenas en la misión.

MISION SANTA TERESITA

INDIOS CHULUPIES, GUARAYOS Y GUASURANGOS

COMO toda colonia religiosa, esta también ubicada a 6 kilómetros de M. Estigarribia, capital del Territorio Militar del Chaco — adolece de deficiencias que, en una primera y rápida inspección, no es posible definirle procedencia. Podría ser por carencia de recursos, de material humano capacitado y también por indolencia.

Como en todas las misiones religiosas de Paraguay que hemos visitado, parece conceptuarse que el único horizonte del indio es simplemente el cultivo. No se incluye, sin embargo, la práctica de injertos, podas, abonos, selección de semillas, etc. Significa que se sedentariza al indio nómada o seminómada privándole de su libertad montaraz, para esclavizarlo a la tierra sin darle siquiera la oportunidad de adquirir medios para liberarse.

Mucha declamación y liturgia; poca o ninguna alfabetización de adultos y nada de carpintería, herrería, talabartería, etc. Tampoco pecuaria integra la disciplina indigenal misionera.

El indio ganadero que sabe de marcas y castraciones, rodeos y corrales, curaciones y vacunas, no lo ha aprendido en las misiones, sino en establecimientos particulares exponiéndose, conjuntamente con su familia, a toda clase de explotaciones y males sociales derivados de proximidades inconvenientes y del total desamparo de su ignorancia.

Además hemos notado que, los misioneros, aunque perciban la necesidad de estimular la artesanía indígena, no aciertan a intentar resolver la forma de proporcionarles mercados para la misma, aunque más no fuera reducido, pero permanente; máxime teniendo en cuenta la enorme aceptación que todos los centros dispensan a los productos indígenas, ya sea alfarería, tejidos, máscaras, adornos, instrumentos musicales y armas de toda clase.

Es indudable que las misiones religiosas siempre pagarán alto tributo al proselitismo por ser esta su finalidad específica y por lo tanto primar siempre sobre toda otra actividad. La excusa del misticismo como fundamento, encubre mucha inoperancia con una apariencia sublime de satisfacción. Lo único admisible es la carencia de recursos económicos.

En la misión Sta. Teresita pudimos observar la absoluta eficacia que proporciona el dominio de la lengua indígena. Uno de los padres daba la misa y realizó todo el ceremonial del enterramiento de un niño, en lengua chulupí. Además, la alfabetización primero la efectúan en chulupí, utilizando ortografía castellana para la representación fonética, para pasar luego a esta lengua. Los indios aprenden mucho más rápidamente de esta manera.

Había también allí, a cargo de 70 niños chulupíes, un maestro procedente de esa misma tribu; hombre criado en la misión, habla y escribe chulupí y guaraní, alemán y castellano, toca armonium y acordeón piano e integra el coro de la iglesia local. Actualmente trabaja en la redacción de la mitología chulupí, la cual, como la mayoría de las primitivas, es sumamente hermosa y completa. En fin, todo un mundo de callado y anónimo esfuerzo en ese ardiente rincón del mundo a 300 kilómetros de Asunción, rumbo al N.O. sin alcanzar aún el territorio Moro; los legendarios guerreros que llenan de inquietud los viajes por la vastísima región.

J. A. de OLARTE

Mariscal Estigarribia
XII - 1957
PARAGUAY

(Especial para EL DIA)



Jóvenes guarayas en la misión.



Modelo de casita familiar guaraya en la misión.

Liberalismo y Despotismo

Lorenzo el Magnífico y Jerónimo Savonarola



Toda la siniestra personalidad de Jerónimo Savonarola aparece en su retrato. La penetrante mirada de sus dominadores ojos negros, los firmes labios carnosos, la prominente nariz ganchuda y el rostro lleno de anfractuosidades.

Es paradojal que el siglo XX sea en América la centuria de los dictadores. Tal paradoja resulta de la antinomia entre el progreso de las ciencias jurídicas y el auge de las tiranías y los totalitarismos.

Las conferencias internacionales y la U.N. que multiplican los tratados, cuyo número sobrepasa a los de los diez siglos anteriores, han proclamado que la civilización descansa sobre los postulados de la libertad. Pero los déspotas se entronizan y se desploman con caracteres de perpetuidad, sin que aspiren a emular a Cincinato, que abandonó espontáneamente sus dos dictaduras, que no quiso prolongar, no obstante las reiteradas solicitudes de sus colegas del Consulado.

En nuestra centuria es ecuménico el principio de que el destino político de los pueblos es independiente de toda premisa metafísica, como se estimaba en la Edad Media. Así, Dante declara que todo en el mundo debe ajustarse y ordenarse a fines ulteriores, incluso la organización del Estado. Pero dos siglos más tarde, Maquiavelo había de predicar que el hombre debe mirar a la tierra y dotado de sus propias fuerzas tiene que construír su destino, esencialmente material. Para el autor de "El Príncipe", el soñado paraíso no es otra cosa que un estado en perfecta organización.

• En el siglo de Maquiavelo se enfrentan dos potencias que encarnan cabalmente el absolutismo y el liberalismo, en lucha, de la cual podemos sacar provechosas conclusiones: Savonarola y Lorenzo el Magnífico. El primero, rígido, abroquelado en sus dogmas teológicos, intransigente, desasido de lo terrenal, especulando sólo para la vida futura. Orador de lenguaje incisivo, galvanizante, antirretórico, que atemorizaba a las multitudes con amenazas de castigos de ultratumba. El otro, un príncipe que había hecho inmenso bien a su patria, religioso que cumplía con sus deberes, pero a la vez liberal y muy amante de la belleza; defensor de la cultura clásica, que temía ver destruída por el populacho fanatizado por el monje de absurdas pasiones; propulsor del Renacimiento, ciclo de corriente humanística por lo mismo que se asienta en el hombre biológico, sin espíritu de trascendencia; magnate situado en tiempo presente, pero que advierte que en el pasado está el germen del porvenir; esteta convencido de que no es necesario manchar la belleza física para salvar la belleza del alma; hombre a la vez realista que conoce que el dinero es el asiento del poder temporal y que tal concepción no invalida la ulterioridad del hombre.

Savonarola aparece en la época en que Italia se aparta de las tradiciones cristianas para resucitar los esplendores del paganismo grecolatino. Siglo en que la Iglesia perdió su austeridad primitiva y el papado se ocupó más de negocios y placeres terrenos que de conquistas celestiales. Tiempos de brillantes creaciones artísticas, pero de punibles desenfrenos y licencias; siglo que había endiosado al hombre y los príncipes de la Iglesia y la Monarquía no ponían límites a sus apetencias incontroladas de gozar de la vida y abusar del poder.

Contra las corruptelas imperantes se levantó imponente el monje sombrío; se alzó irreductible para fustigar la riqueza, la voluptuosidad, la ciencia, la gloria y los goces de la carne. Fue un perfecto histrión: gesticulaba como un poseído, lloraba, golpeaba frenéticamente el púlpito. La multitud se contagiaba necesariamente de esa histeria efectista. Su palabra quemaba como un leño incandescente. Condena los libros porque matan la fe; no admite otra literatura que la religiosa. Reniega de Platón y Aristóteles, de Catulo y Ovidio, de Tibulo y Terencio por "sus doctrinas heréticas".

Fue el déspota perfecto que desconoció la condición esencial del hombre. No supo armonizar lo humano con lo divino. Como nuevo jinete de Apocalipsis, los cascos de su caballo destruían todo lo material, fijos los ojos en una entelequia inasible. Desafecto a la naturaleza humana, gritaba a sus feligreses: "Sois unos cerdos, estáis corrompidos totalmente en la palabra y en el silencio, en la acción y en la inacción, en la ciencia y en el descreimiento".

Savonarola vivió simbólicamente en el más allá; no supo posarse en zona realista. Hasta el Vaticano llegan sus admoniciones desenfrenadas. Se le somete a juicio. Sus intransigencias terminan con la excomunión que el muy discutido Alejandro VI dictó el 13 de mayo de 1497. Fue condenado a la horca y luego quemado. Pagó merecidamente su despotismo. El pobre obsecado quiso gobernar y dominar con arbitrario absolutismo, sin ajuste al tiempo ni al espacio, exigiéndole al hombre lo que el hombre por naturaleza no podía realizar. Mezcló el éxtasis místico con sádicas penitencias. Impuso su cruel voluntad. A quienes no acudían a sus sermones, los arrastraba a la fuerza. Catequiza a los niños para ponerlos al servicio de su causa y ser futuros ejecutores de sus severos mandatos, frutos de su visión trágica de la vida. Murió en el escarnio.

En cambio, Lorenzo el Magnífico, con todos los defectos inherentes a un mandatario monárquico, fue un hombre eminentemente liberal. En lo político, sueña con modificar la estructura aristocrática del Estado y reemplazarla por una república autónoma y cultural y acabar con la miseria por medios jurídicos; en lo diplomático, se afana por el mantenimiento de la paz como sostén de la libertad; en lo intelectual, funda universidades y bibliotecas y protege todas las artes. Tiembla ante la idea del triunfo de Savonarola; teme que el pueblo sojuzgado por el fanatismo del fraile, queme un día en la plaza pública cuantos libros, cuadros y obras de arte pueda saquear.

Fue el Magnífico un cristiano respetuoso de todas las libertades, tanto las de creer como las de dudar. Era su época la de las Cortes Letradas y los Mecenas dadivosos, las de las mujeres famosas tanto por su belleza como por su saber y que, desgraciadamente, las honestas se esforzaban para semejarse a las mujeres livianas y muchas de éstas eran honradas públicamente como integrantes de los grupos aristocráticos.

En vano Lorenzo quiere atraerse al monje que le resta popularidad entre los florentinos. Savonarola es inconquistable por cualquier procedimiento que se esgrima. Son dos personalidades que se repelen mutuamente, porque representan dos mundos incompatibles. En trance de muerte, el Magnífico llama al monje inflexible, no para que lo confiese, puesto que ya lo ha hecho su capellán: lo llama para hablar de política. Advierte a último momento que no se preocupó mucho de finanzas y sabe que su sucesor Piero, no sabrá gobernar. Llama a Savonarola, en su carácter de "jefe" de Florencia, para hablar de cosas terrenas; hay que salvar al Estado con una equilibrada política realista. Pero el monje rígido no se apea de su hábito: sólo le habla del cielo y de la salvación de su alma. Está frente a un moribundo que piensa en intereses terrenales, y la intransigencia feroz del monje sólo quiere dar consuelo de sacerdote. Lorenzo comprende la inutilidad de su tentativa y vuelve la cara para morir en silencio, sin demandar absolución.

He aquí el eterno problema de la intolerancia frente a la comprensión, del dogma frente al libre examen, del despotismo opuesto a la liberalidad, de los totalitarismos en pugna con la democracia.

La Historia, maestra de la vida, según Cicerón, es testigo del pasado; pero no suele ser un aviso para el presente y una advertencia para lo porvenir. A la postre, su enseñanza resulta una inconclusa tela de Penélope.

Alberto RUSCONI

(Especial para EL DIA)



Lorenzo el Magnífico fue un hombre feo, pero de alma exquisita y liberal. Como Jefe de la República de Florencia, protegió a la sociedad de los males de la política de su tiempo y favoreció con entusiasmo el desarrollo de las letras, las artes y las ciencias.



AIME GUEVARA ROSELL ARECO, al cumplir dos años de edad.

Tarzan

por EDGAR RICE BURROUGHS

BAJO LAS DIRECTAS ÓRDENES DE GÓMEZ, UNA BANDA DE MERCENARIOS DEGOLLADORES MARCHABA HACIA LA PLANTACIÓN DE DOYLE.





RAPIDAMENTE LOS HOMBRES DE GOMEZ CAYERON SOBRE LA PROPIEDAD DESTRUYÉNDOLA TODA.







ENTONCES, EN MEDIO DE LA BATALLA, UN TAIMADO CONSPIRADOR SE DESLIZÓ Y LE PRENDIÓ FUEGO A LA CASA.

JACK VAN BUREN
JOHN CELARDO

KEVIN GIRÓ AL VER EL RESPLANDOR REPENTINO. "RITA ESTÁ DENTRO," SUSURRÓ.



